

## La alta sociedad y la Literatura en Chile



SE ha notado que la Historia, la real, no la otra, parece advertir cuando las hojas del calendario indican un cambio de siglo y aprovecha el momento para desencadenar ciertos sucesos: como si los hombres y las cosas obedecieran a los números y no al revés.

En las letras chilenas este fenómeno resalta.

Hay, alrededor del novecientos, un súbito florecer de la belleza literaria con características que eran desconocidas. Entre ellas una digna de puntualizarse: las relaciones entre la literatura y las clases sociales.

No se necesita grande erudición ni mucha sutileza para comprobarlo. Basta dirigir la vista al siglo XIX y mirar. ¿Qué vemos? En primer término, altas cumbres históricas. La Historia constituye el gran género de la época. Allí están, sobre sus estatuas, Barros Arana, Vicuña Mackenna, los Amunátegui, don Crescente Errázuriz. Y no menos ilustres, aunque privados todavía de ese homenaje, el novelista máximo don Al-

berto Blest Gana, y aquel hombre único, autor del mejor libro chileno, el más original, sabroso y entretenido: don Vicente Pérez Rosales con sus «*Recuerdos del Pasado*».

Entre diferencias accidentales, que llegan hasta la oposición en ideas religiosas, todos ellos se asemejan por pertenecer, plenamente, en espíritu y en verdad, al fondo de las familias tradicionales. Tienen la sangre, las costumbres, las maneras, los juicios y hasta, en cierto modo, el estilo de una casta determinada, de un mundo coherente.

Pasemos la barrera del siglo; detengámonos en su umbral.

Instantáneamente, penetramos en otro territorio y vemos una perspectiva distinta. Desde luego, la historia no ocupa ya el primer plano. Está ahora ahí la poesía. Y los nombres que primero vienen a los labios para representarla, ante nosotros y ante América, distan de pertenecer a la aristocracia: Gabriela Mistral, Pablo Neruda. Observando de cerca, la serie empieza con Pedro Antonio González y Carlos Pezoa Véliz, dos muertos en el hospital, en una sala común, y sigue con Magallanes Moure, Jara, Mondaca, Guzmán Cruchaga, Cruchaga Santa María, Vicente Huidobro. Se objetará que los últimos, por su linaje, vienen de la colonia más encopetada. Cierto. Pero Huidobro es comunista y se aparta de su clase, hasta romper con ella, y Juan Guzmán y Angel Cruchaga, debido a

otras circunstancias, inútiles de puntualizar, no pueden considerarse incluidos en el círculo oligárquico.

Igual ocurre en la prosa. Junto a Baldomero Lillo, de clase media, está Federico Gana, gran señor que llevó una existencia aparte, de bohemio libre. Don Luis Orrego Luco, aristócrata de tomo y lomo, publica su famosa «Casa Grande», novela de costumbres mundanas, en 1908; pero, por su técnica, pertenece al siglo XIX y es un sobreviviente. Pedro Prado y Joaquín Edwards Bello, en el mismo caso por su origen, ni han hecho vida social ni representan los hábitos mentales de la alta sociedad; el último, la ha zaherido viva y hasta enconadamente. En cambio, d'Halmar, Maluenda, Santiván, Latorre, Manuel Rojas, González Vera, algunos de ellos de extracción popular, ninguno heráldico ni pelucón, señalan lo más acentuado de la línea criollista dominante.

La enumeración podría alargarse; pero los que conocen nuestro panorama social no la necesitan y quienes lo ignoran requerirán demasiadas explicaciones.

Estas, por otra parte, no son fáciles. Aun más, entrañan cierto peligro.

Habríamos de formular delicadas definiciones, hacer distingos y subdistingos discutibles.

¿Qué es la sociedad aristocrática? ¿Quiénes pertenecen a ella? ¿Y por qué?

La alta clase política, literaria, científica o económica se imponen por hechos concretos, tales y cuales cargos, una obra precisa, cierto tipo de cultura o la po-



sesión de medios de fortuna, todos elementos accesibles a la prueba directa y que no admiten elasticidades.

No así el mundo social.

Si se agrega que acá el amor propio interviene mucho, resultará fácil comprender cuánto conviene medir los pasos.

Un día lo advertimos, de manera casi cómica, durante una charla sobre el asunto entre escritores. Se les pidió que definieran el concepto de clase alta, en el sentido social, y tras no pocos rodeos, dijo uno que podían considerarse pertenecientes a ella, según no sabemos cuál maestro, los que alcanzaban «la máxima palpación vital»; y, como la idea permanecía vaga, trató de precisarla incluyendo en ella a «los que podían costearse un viaje a Europa»; lo cual enredaba aún, si cabe, el problema y dejaba más indefinida la materia por definir. Por último, se vió clara la intención del definidor: quería hallar una fórmula lo bastante amplia para que él mismo tuviera cabida dentro, o sea, que se estaba cortando un traje a la medida.

Es que no son los literatos ni los filósofos doctores competentes para desentrañar esta cuestión. Una buena señora bien apergaminada, en el doble sentido, sirve el propósito con mayor eficacia y sin vacilaciones. Eso sí, con tal de no llevarla al terreno de las teorías y aceptar sus sentencias como las recibirán su hija o su nieta, particularmente, si van a heredarla, mientras confeccionan la lista de invitados a un baile.

Ese es el momento psicológico. Ahí se decide quienes están, quienes no están. Después, cuando la lista aparece, podrá el curioso de psicología sentar sus deducciones y, si entiende en apellidos—ciencia, como se sabe, cultivadísima entre nosotros y que tiene especialistas—allí podrá advertir sus directivas.

Una de ellas, desde luego, consistía en separar los conceptos de alta clase social y de altas clases política, económica, literaria, etc. Claro que todo influye y no es sólo un camino el que lleva a Roma; pero tampoco todas las puertas se abren para quienes golpean a ellas creyéndose con títulos, si acaso no cumplen ciertos requisitos. Algunos están adentro desde siempre, por ascendencia, fortuna y voluntad de permanencia. No lo olvidemos: también se requiere la voluntad. Son, sin duda, los más sólidos. Otros sólo por tradición familiar. Han perdido el dinero. Es una situación precaria que exige despliegue de energía y en la cual, si las virtudes sirven, no están demás y aun pueden ser preciosos algunos vicios, como la ausencia de amor propio llevada hasta los confines de la indignidad. ¡De cuántas humillaciones íntimas se componen ciertos orgullos! No pocos han penetrado en fecha reciente a fuerza de pertinacia y empuje: la constancia puede mucho. O bien por una particular flexibilidad y talento de adaptación, hasta alcanzar el perfecto mimetismo. En general, ahí, lo mismo que en el resto de las actividades humanas, el comercio impone su ley; hay que dar para recibir y nada se entrega sin retribución, aunque ésta

puede ser de las especies más variadas, desde el ingenio más auténtico hasta la gravedad respetuosa, desde la elegancia original, audaz, innovadora, hasta el sumiso acatamiento a cánones absurdos.

En su conjunto, la clase social elevada, el «gran mundo», participa algo de la logia masónica y del club. Tiene sus pequeños signos convencionales, su santo y seña variables; una palabra corriente o que ya no se admite pueden guiar la decisión, un más o menos de cortesía, tal corte de traje, la forma de saludar y de comer, el conocimiento de las personas y su situación exacta, la noticia del último acontecimiento, cuánto, en fin, permite a dos personas que se encuentran por vez primera en un salón, sostener una charla y sin darse explicaciones. Es decir, un lenguaje, una clave, como en matemáticas, como en filosofía.

De todo eso, minúsculo, esencial, se compone el buen tono, equiparable al buen gusto, pero no identificable con él.

Visto desde lejos, el «pequeño gran mundo» se presta a multitud de engaños. No se ven sus desniveles ni sus matices que, desde cerca, pueden crear abismos. Tal palacio glorioso, donde una dama inteligente y culta abre con generosidad sus salones al «verdadero mérito», como ella dice, no significa nada y hasta constituye título en contra; en cambio otro, hermético, tal vez menos visible, por eso mismo, se valoriza y hay quienes pasan la vida suspirando por entrar en él. En general la aristocracia, todas las aristocracias, viven



del derecho de exclusión y es más alta señora la que puede hacer los mayores números de desaires, aunque sean injustos, mejor aún si son injustos.

A más de indefinible, ese mundo es menos estable de lo que se piensa. Está en continuo movimiento. Hasta los mismos pilares solemnes, los ídolos inmemoriales, suben y bajan dentro de cierta órbita, sin necesidad de catástrofes geológicas, por la simple acción del tiempo.

Lo que no puede negársele, por mucha ironía que se gaste en su análisis, es su poder de atracción y su efectivo imperio.

Quiéranlo o no, todos miran hacia allá, aunque sea con el rabillo del ojo y a la disimulada.

Ahora bien y viniendo a la cuestión que nos interesa ¿cuáles han sido y son en Chile las relaciones entre esta esfera social y la literatura?

Tenemos, por de pronto, el cambio que dijimos.

Durante el pasado siglo, la alta literatura se daba en la clase alta, en la casta dirigente y brillante del país, en la famosa oligarquía. No toda, claro está; pero lo mejor y más visible de ella. Historia, en primer lugar, novela, memorias y algo que se llamaba entonces y ya no se llama, poesía. Allí coincidían, por lo menos, dos meridianos: el social y el intelectual. Si añadimos los otros, el político y el económico, tendremos el cuadro completo de una sociedad homogénea, firme en sus posiciones y con poder sobre el país; que inspiraba respeto y lo merecía.

No cabía discutirle sus títulos.

Pero el novecientos nos muestra su ruptura.

Venía, sin duda, preparándose desde largo tiempo. La gente rica se hizo más rica. Pudo viajar y muchos pudieron no sólo ir, sino irse al extranjero. Primer empobrecimiento. El dinero abundante procuró la ilusión de un poderío inamovible, que ya no necesitaba otros prestigios. Se dedicó entonces la gente adinerada a gozar del dinero en el lujo. Segundo empobrecimiento. Las costumbres ostentosas, el desarraigamiento de la tierra, la «trasplatación» completaron este cuadro de la decadencia. Y entonces el mundo aristocrático flotó, sin raíces profundas, sobre una superficie brillante.

La cultura literaria, artística o de cualquier especie, quedó atrás y fué substituída por el simple barniz de las apariencias.

La clase media, en tanto, hacía el camino inverso y ascendía, estudiando, trabajando, luchando, captando ideas y difundiénlas. Ideas, ciertamente, propicias a su situación y opuestas a la situación de la clase dirigente. Era lo natural. El proceso que exigió siglos en Europa y que en los antiguos imperios se desarrolló a lo largo de épocas históricas, aquí ha marchado con velocidad, en unas cuantas décadas.

Veinte años contaba, apenas, el siglo, y ya nuestra revolución francesa se había consumado. Otros veinte años, y asoma la revolución rusa . . .

Pero—y volvamos a la literatura—ni en éstos ni en aquéllos ha surgido de las filas literarias el escritor



capaz de pintar, fina y profundamente, la descomposición de nuestra clase alta, retratándola en forma que ella se reconozca.

Hubo, a principios de la centuria, ese intento ya señalado, de don Luis Orrego Luco. Con todas las deficiencias de estilo que se le puedan señalar—y no son pocas—el vasto cuadro de «Casa Grande» queda como un fresco revelador, una composición de grandes pinceladas donde nuestra sociedad elegante aparece y vive, bullente, agitada, pintoresca, con muchos colores que ya se han ido y detalles característicos en que lo criollo se matiza de tintes exóticos.

Como punto de partida, no se le puede negar interés.

Sólo que no ha tenido continuadores. La corriente se ha encaminado hacia la literatura popular, parte por el influjo de las ideas político-sociales, parte por la calidad de sus cultivadores, parte por la creencia de que allí, en el pueblo, estaba lo más auténtico y representativo de nuestra nacionalidad, en parte—y acaso sea la principal—por la dificultad del tema.

Son relativamente pocas en el mundo literario las novelas que traducen exactamente la fisonomía de la clase social aristocrática. Se requieren para ello condiciones raras: desde luego, la más rara de todas, la intuición psicológica, la penetración de los matices diferenciales en el carácter.

Esto es puro instinto.

En principio, el hombre admite todas las contradic-

ciones y no hay razón alguna fundada para sostener que algo es inverosímil en materia de actos o de sentimientos. ¿Qué no se ve, qué no se ha visto, qué no puede ser? El egoísmo mezclado a la generosidad, la timidez unida al valor, la soberbia del brazo con la humildad, la tontería que da chispas de talento y la ignorancia más aguda que la sabiduría, ninguna combinación falta en el muestrario y las posibilidades son, prácticamente, infinitas en el compuesto humano.

¿Con qué derecho, entonces, decidir: este carácter es verdadero, este otro es falso?

Sin embargo, el lector vacila en pronunciar su veredicto y aun apunta con toda precisión al rasgo verdadero, al rasgo desacertado. Parece que nosotros, reconociendo de palabra que no existen leyes o que las ignoramos, tuviéramos, de hecho, la evidencia clarísima, irrefutable, de esas leyes. Este hombre que hace tal cosa, que dice tal otra, no debió hacer la una ni decir la otra: son invenciones artificiales, falsas y «el tipo no convence». ¿Por qué? Porque sí.

La crítica más hábil rehusa dar razones y se atiene a la simple afirmación; fundada en el instinto, apela al instinto.

Y aquí topamos una curiosa oposición de testimonios que no podríamos menos de anotar al paso. Se acude al veredicto de la conciencia para afirmar el libre albedrío. La conciencia, en efecto, lo declara. Mirando interiormente hacia el futuro, sentimos que entre las distintas sendas posibles, algo en nosotros puede

elegir y sobre esa potestad funda, precisamente, su existencia. Bien. Somos libres. O sea, nos parece, creemos, sentimos ser libres. Pero, más adentro, en la sub-consciencia, pensamos y actuamos como si los demás no lo fueran; presumimos la conducta que observarían en tal y cual circunstancia; y esta precisión se acerca a la certidumbre en razón directa del conocimiento que tenemos del carácter de los demás. Si los conocemos poco, vacilamos; si hemos penetrado en su alma, decidimos aún contra los hechos exteriores y decimos:—No ha podido ser; esa persona no es capaz. Nos engañamos a veces, sin duda; pero nuestro engaño proviene siempre de un falso conocimiento, de un juicio incompleto. Este instinto o testimonio subconsciente es el que nos guía en la lectura de las novelas de tipo psicológico para apreciarlas o depreciarlas, ateniéndonos al determinismo en la práctica, aunque lo condenemos en teoría.

En Chile no existe aún la novela llamada psicológica o sólo asoma rudimentaria y episódicamente. Quienes cultivan el tema criollo y hacen moverse personajes campesinos suelen alegar que, entre esa clase de gente no deben buscarse complicaciones sentimentales ni conflictos sutiles, como si hubiera algún espíritu humano simple, aun en la esfera más baja, cuando precisamente ahí se necesitaría la más aguda delicadeza y la mayor intuición, porque los resortes están infinitamente ocultos bajo impenetrable máscara. El tema mismo nunca es sencillo, así se trate de animales, los que, estu-



diados por un verdadero psicólogo, suelen dejarnos pasmados y entreabrirnos insospechables profundidades.

Se identifica la novela psicológica con la de la alta sociedad mundana, porque en ese terreno cabe observar mejor las acciones y reacciones y poseemos hasta cierto punto, una clave, sabemos o calculamos las pasiones que entran en juego y su expresión aproximada.

Pero, para eso, además de la disposición innata, del talento específico y la clarividencia espiritual, se necesita conocer el terreno y no por accidente, sino mediante la observación atenta y continua que sólo permite desarrollar la costumbre; lo cual significa que, de algún modo, hay que pertenecer a la clase alta para trazar fielmente su retrato.

Aquí reside la dificultad que hace tan raras las novelas del gran mundo en las letras universales. Los escritores, por lo general, no provienen de ese medio o no lo han frecuentado, porque no es ambiente propicio. Sólo en Francia, en especial durante los siglos XVII y XVIII, debido a la acción de algunas señoras aristocráticas, desde Madame Rambouillet para adelante —las «Preciosas Ridículas» de Molière— ambas esferas coincidieron y se forjó una lengua literaria al par rica y flexible, sabia y corriente, que proporcionó el instrumento adecuado. Esa charla familiar de escritores y grandes damas, que formó tradición en París, no existió nunca en España, donde los literatos se reúnen a solas, entre ellos, en los cafés.

Sin embargo, en Madrid, cincuenta años atrás, apa-

rece la obra de este género que puede considerarse más perfecta. Un joven de alta sociedad, dotado de observación sagacísima, irónico penetrante, muy mezclado a toda clase de intrigas sociales y políticas, vióse en condiciones particularmente favorables para no temer hacerle frente a la empresa. Porque otro escollo nada desdeñable consiste en los peligros que la reacción provocada por tales pinturas envuelve. La alta sociedad es reducida; un poco de exactitud en el cuadro induce, fatalmente, a señalar los modelos, reales o supuestos, y expone al autor a las venganzas del amor propio. Ese joven escritor español, a los veinticuatro años, se hizo sacerdote, es decir, profesó de moralista; y protegido por el escudo de la sátira moralizante, compuso sus famosas «Pequeñeces...», en que, a vuelta de algunas concesiones al hábito y al propósito declarado de «mejorar las costumbres», se exhibe una portentosa galería de figuras típicas y se describen escenas de un realismo incomparable, con esos detalles minuciosos que no se pueden falsificar y llevan al ánimo un inmediato convencimiento. Leyendo el libro del Padre Coloma, hasta los que menos conocen ese ambiente—con mayor razón quienes lo han respirado—sienten que todo aquello traduce la pura y simple verdad. Grandes autores, de mayor categoría en otros aspectos, fracasaron al intentar pareja hazaña.

En Francia, el género, mucho más cultivado, halla su cumbre insuperable en el inmenso fresco de Marcel Proust, vidente genial que se entregó apasionadamente

al estudio de la clase aristocrática y la traspasó, como provisto de Rayos X o de procedimientos adivinatorios.

No vamos a esperar, naturalmente, que en Chile aparezca algo parecido a este fenómeno, único en el mundo.

El espectáculo, sin embargo, es tentador y sus rasgos han sorprendido a algunos extranjeros. Una Embajadora cultísima, mujer de fino ingenio, solía deleitarse analizándolo, haciendo, apaciblemente, el inventario de las figuras originales, las señoras medio locas, los caballeros excéntricos, caracteres sin igual, tipos seductores, independientes, de una personalidad tan acentuada que le tocaba, diariamente, descubrir y tratar en los salones. Un Proust—decía—no tendría sino que abrir los ojos.

Pero ninguno los ha abierto aun, probablemente, porque falta el Proust.

Por el contrario, en vez de acercarse, la alta sociedad y las bellas letras se han alejado y se contemplan a distancia, aunque la curiosidad lleve a muchos de la una a las otras, para asomarse a ese mundo diverso.

Es lástima, porque una y otras pierden.

Y más, sin duda, la sociedad aristocrática que la literaria. En ésta, el temperamento efectivo halla siempre su asunto y lo explota. La otra, en cambio, se priva de placeres durables, no logra fijar su imagen y, sobre todo, ve disminuída su influencia efectiva, se



aparta del cuerpo nacional, corre aun peligros de orden práctico.

Al abandono de la posición literaria, tan segura durante el pasado siglo, se sigue lógicamente la pérdida de la posición intelectual e ideológica, de la cual deriva, a corto plazo, la posición política, como ya estamos viéndolo; y no hay sino un paso de allí a la pérdida de la situación económica, según comienza a verse. Privada de ésta, la alta sociedad no tendrá sino que mezclarse más cada día a la otra, hasta desnaturalizarse o desaparecer, confundida, mientras le dura su último baluarte: el derecho de exclusión, reflejo de un prestigio pretérito.

Como se advertirá, problemas de toda especie mézclanse en éste de las relaciones entre las clases sociales y la literatura.

Lejos de nuestro ánimo la idea de insinuar algún camino para resolverlo. La cuestión es vasta y complicada. Queremos, simplemente, definir conceptos que suelen barajarse a obscuras y puntualizar puntos de vista que pueden admitir todavía muchas interpretaciones.

Una consecuencia fluye, sin embargo, a primera vista, con tal claridad, que resulta casi innecesario formularla y es el interés de ambas partes en deponer la desconfianza, frecuentando su trato con ánimo amistoso. Son, al fin, dos lujos, dos elegancias, dos refinamientos, dos formas de vida que deben corresponderse y se necesitan y se pulimentarían, en el roce, si no chocaran.

Un salón que sirviera de terreno neutral, podría, en la historia literaria del presente, dejar una huella comparable a los que han originado y sostenido grandes movimientos y hasta creado escuelas fecundas en otras naciones y otras edades. Los escritores hallarían ahí un vasto y rico terreno de observación, afinarían la sensibilidad psicológica, se desprenderían del polvillo libresco, pedagógico o bibliotecario y las damas que en su esfera imponen la ley, iniciadas en ese otro mundo, aprenderían que hay algo más fuera de una agradable superficie y hasta quien sabe si sorprendieran a sus visitantes y experimentarían ellas mismas una sorpresa con la aparición de algún talento inesperado, que sólo aguardaba el eco ligero, vivificante y la chispa reveladora.

Nada de eso, al fin, es imposible.

De esa conjunción entre ambas órbitas—y no de otra manera—podría brotar la auténtica novela psicológica que retratará al gran mundo, como se dice, al par obra de arte y documento, investigación y espectáculo.

Mientras tanto, nos deberemos contentar con esbozos tímidos o empresas fragmentarias, preparatorias.

Entre éstas y a ejemplo de lo ocurrido en Francia, nos permitiremos señalar el interés que ofrecen los libros de memorias, género allá tan rico y acá tan pobre, antecedente indispensable para la gran creación novelesca. La novela tiente mucho; pero a esa eminencia deslumbradora tantos son los llamados como pocos los

elegidos. Las memorias, en cambio, ofrecen el apoyo soberano de la realidad, maestra de la psicología: copiando fielmente sus rasgos, se adopta un guía superior por el laberinto psicológico, no se necesitan dotes extraordinarias y suelen bastar la sinceridad, la sencillez, la mirada fija sobre el objeto. No eran, acaso, espíritus excelsos Pineda y Bascañán, don Juan Egaña, el mismo Pérez Rosales, ni don Crescente Errázuriz, ni don Ramón Subercaseaux o don Abdón Cifuentes: sin embargo, sus libros respiran una verdad que les asegura vida permanente y valor indisputable. Una colección de ellos y de otros, que olvidamos, serviría mejor para el conocimiento de Chile, su tierra, sus hombres, y el cambio que ha experimentado a través de los siglos, que multitud de composiciones desnaturalizadas por la intención artística y sometidas a extraños modelos. Allí está la vida tomada directamente y por escaso que sea el arte del pintor siempre quedan en sus cuadros chispas y, a veces, regueros luminosos, regocijantes, auténticos, inapreciables para el observador. Pero el chileno es celoso y receloso; no entrega fácilmente su intimidad; hay por allí confidencias y epistolarios particulares cuajados de revelación histórica que las familias substraen al público «para evitar los comentarios» . . .